

CUENTO



Amarilla

Hoy pensé en Amarilla, en el primer recuerdo sobre ella. No somos amigos y raramente hablamos o cruzamos algunas palabras a través de medios electrónicos. Me gusta verla de lejos, entre sus amigos y su familia, entre sus gustos y pasiones, bailando o cantando, bajo el sol o bajo la luna. Ese pequeño recuerdo llega en el punto exacto del tiempo, justo antes de amanecer, ahí donde la memoria está adormilada y la alarma de ese nuevo día retumba en la habitación. Ahí está Amarilla, una chica que no tiene más de veintiocho años, y es que, Amarilla es... Amarilla.

Amarilla, con su cabello claro, corto, piel blanca como el lienzo de una nueva obra que lleva tatuada a su cantante favorito, pero con una infinidad de lunares como si tuviera dibujada una galaxia; la piel de Amarilla es como un lienzo estrellado, un universo en miniatura que encierra la vastedad del cosmos en cada uno de sus lunares. Cada punto es una galaxia en sí misma, un remanso de misterio y belleza que invita a perderse en su infinita profundidad.

Sus lunares se esparcen por su piel como estrellas en la noche, creando constelaciones caprichosas y dibujando mapas secretos que solo los ojos más atentos pueden descifrar. Al observarla, uno tiene la sensación de estar contemplando el firmamento en toda su magnificencia, con sus millones de luces titilantes y sus secretos ocultos entre las sombras.

Amarilla es consciente de la magia que habita en su piel, de la historia que se esconde detrás de cada lunar y de la conexión que tiene con el universo en su conjunto. Para ella, cada marca en su piel es un recordatorio de su propia singularidad, de su lugar en el vasto tejido del espacio y el tiempo.

Sus lunares son más que simples manchas en su piel, son portales a otros mundos, testigos silenciosos de su viaje a través de la vida. Cada uno cuenta una historia, lleva consigo un fragmento de su pasado y una promesa de futuro, creando una narrativa única y fascinante que solo ella puede comprender por completo.

Me gusta pensar que mientras sueña o simplemente está en su cama, bajo el manto de la noche estrellada, donde las sombras bailan al compás de los susurros del viento, Amarilla, amante del baile, y Horus e Isis, aquellos felinos de ojos centelleantes, se encuentran a escribir, cantar y bailar. Sus gatos son su amor definitivo, su acción, su motivo, su verdad y sus faros de luz brillante; el gordo Horus, es una criatura magnífica y misteriosa que emana una presencia imponente y majestuosa. Con su pelaje negro como la noche más profunda y unos ojos verdes que brillan con la intensidad del fuego, sus patitas blancas forman un corazón, Horus posee la elegancia y el porte de una pantera en acecho.

Su figura esbelta y ágil se desliza con gracia a través de las sombras, dejando una estela de misterio y admiración a su paso. Cada movimiento está impregnado de una serenidad felina, como si fuera el dueño absoluto de su entorno, un señor de los dominios nocturnos. Entre la oscuridad de su pelaje, Horus lleva consigo una marca distintiva: una mancha blanca en su pecho que resalta como un faro en la negrura de la noche. Esta mancha, como un destello de luz en la oscuridad, contrasta con la intensidad de su pelaje oscuro y añade un toque de singularidad a su imponente presencia.

Es un compañero leal y cariñoso para Amarilla. Su conexión va más allá de lo físico, es un vínculo de confianza y complicidad. Juntos, exploran los misterios del universo, compartiendo momentos de alegría, tristeza, aventura y reflexión en su viaje por la vida. Es mucho más que una simple mascota; es el guardián de los secretos más profundos de Amarilla, un símbolo de fortaleza, belleza y conexión con el mundo natural que los rodea.

Isis, por su parte, es una gata con un pelaje suave y esponjoso, una combinación de tonos naranjas cálidos y blancos puros. Sus ojos, de un color ámbar brillante, destellan con curiosidad y afecto cuando mira a Amarilla, su compañera humana. Juntas, crean bellos recuerdos y comparten un lazo amistoso que trasciende las palabras. La presencia de Isis en la vida de Amarilla ilumina cada día con su energía radiante y su amor incondicional.

En los días soleados, Amarilla e Isis disfrutan de largas siestas bajo el sol, dejándose acariciar por la suave brisa y el dulce canto de los pájaros. Mientras en las

noches frías, se acurrucan juntas en la cama, compartiendo el calor natural y el íntimo afecto.

Además, Isis y Horus, compartían una amistad excepcional, pues desde el momento en que se conocieron, establecieron una conexión cósmica felina. A pesar de sus diferencias en personalidad y temperamento, encontraron un terreno común para compartir momentos de juego, exploración y compañerismo.

Horus, con su elegancia felina y su presencia imponente, actuaba como un mentor para Isis, enseñándole los secretos de la vida en el hogar y guiándola en sus aventuras por el vecindario. A su vez, Isis, con su ternura y su afecto, suavizaba el carácter reservado de Horus, brindándole compañía y consuelo en los momentos de soledad.

Cuando Horus partió, dejó un vacío en el hogar y corazón de Amarilla. También Isis sintió su ausencia de manera profunda. Pero, aunque la tristeza la embargaba, recordaba con cariño los momentos compartidos con su amigo y se aferraba a esos recuerdos como un precioso tesoro. Después de la partida de Horus, Isis, se convirtió en un apoyo fundamental para Amarilla durante ese difícil momento. Con una sensibilidad innata, Isis pudo percibir la tristeza y el vacío que dejaba la ausencia de Horus en su hogar.

Isis se acercó a Amarilla con un afecto renovado, ofreciéndole consuelo y compañía en su momento de duelo. Con su presencia tranquilizadora y su ternura, la gata naranja y blanca se convirtió en un bálsamo para el corazón herido de Amarilla. Juntas encontraron consuelo en la compañía mutua. Isis se mantuvo cerca de Amarilla, compartiendo largos momentos de silencio y caricias. Con cada ronroneo reconfortante y cada gesto de afecto, Isis le recordaba a Amarilla que no estaba sola.

Con el tiempo, la amorosa presencia de Isis ayudó a Amarilla a sanar su corazón y a encontrar paz en la memoria de Horus. Aunque nada podría reemplazar completamente la pérdida de su compañero felino, Isis se convirtió en un nuevo lazo de amor y complicidad que fortaleció el vínculo entre Amarilla y sus faros de luz brillante. Y, a pesar de que Horus ya no estaba físicamente con ellas, él, Amarilla e

Isis, entraron en un juego de enigmas y secretos, donde la realidad se desvanece y los sueños toman el timón de la existencia.

Y ahí está de nuevo, el recuerdo se repite, primero lento y luego de golpe, igual que cuando duermes, Amarilla es arte, Amarilla es bailarina del carnaval ama la celebración y la alegría. Cuando ella danza en la atmósfera vibrante y colorida del carnaval, se transforma en un ser de luz y energía, cuyos movimientos llenan el espacio con una gracia sin igual. Con cada paso, cada giro, cada grito, parece evocar la esencia misma de la fiesta, llevando consigo el espíritu festivo y la pasión desbordante que caracterizan a esta celebración.

Su presencia en el desfile es como un destello de alegría en medio del bullicio y la algarabía. Con su vestimenta adornada de todos los colores, sus movimientos fluidos y su sonrisa contagiosa, Amarilla se convierte en el centro de atención, cautivando a todos los presentes con su encanto y talento innato para danzar.

Al ritmo de la música frenética y los tambores que retumban en el aire, Amarilla se entrega por completo al éxtasis del carnaval, dejando que su cuerpo se convierta en un instrumento de expresión y liberación. Cada movimiento es una locución de su espíritu libre y su amor por la vida, una invitación a todos los que la rodean a sumarse a la fiesta y dejar atrás las preocupaciones del día a día.

Para ella, el carnaval es una oportunidad para conectarse con sus raíces, celebrar la diversidad cultural y honrar la vida en toda su plenitud. A través del baile, encuentra una forma de expresarse y compartir su alegría con el mundo, dejando una huella imborrable en el corazón de todos los que tienen el privilegio de presenciar su arte.

Amarilla, con su piel salpicada de lunares y su cabello corto ondeando al ritmo del viento, tiene unos ojos profundos como el café, que reflejan la calidez del sol al amanecer y la intensidad del chocolate más oscuro. Sus ojos esconden secretos, sueños y pasiones. Cuando ella mira con esos ojos color café, parece que puede leer el universo entero. Su mirada es su arma más poderosa, capaz de cautivar a cualquiera que se cruce en su camino y envolverlo en un hechizo irresistible. Son como dos luceros que guían su camino a través de la multitud, iluminando su camino

con su luz cálida y reconfortante. Son los ojos de una soñadora, de una buscadora de la belleza en todas sus formas, y de una bailarina que lleva la magia en su corazón.

Amarilla tiene una conexión especial con el color amarillo. Para ella, el amarillo no es simplemente un color, se convierte en su refugio, en una expresión de su alegría interior, su pasión por la vida y su deseo de irradiar luz y optimismo en todo lo que hace. Cuando viste de amarillo, parece que el sol mismo la envuelve con su cálido abrazo, iluminando su rostro con un resplandor que irradia vitalidad y energía.

En cada detalle de su vida, Amarilla busca incorporar el color amarillo. Desde su ropa hasta los objetos que la rodean, todo lleva el sello de su tonalidad favorita. Incluso en los días más grises, su presencia irradia un brillo soleado que ilumina el mundo a su alrededor.

Cuando se detiene a contemplar un campo de girasoles, un atardecer dorado o el destello de luz en el agua, siente una conexión profunda con la belleza y la calidez del color amarillo. Para ella, este color representa la esperanza, la felicidad y la promesa de un nuevo día lleno de posibilidades.

Amarilla, con su mirada profunda y su sonrisa serena, despliega ante sus felinos un mundo de sueños y fantasías, donde los límites entre lo real y lo imaginario se desdibujan y todo es posible. Juntos exploran los rincones más recónditos de su universo interior, tejiendo hilos de magia y esperanza en la tela del tiempo. Entre susurros y miradas cómplices, entre caricias y maullidos, comparten un vínculo que trasciende las palabras y se sumen en el lenguaje del alma.

En ese pequeño refugio, donde los relojes parecen detenerse y los problemas del mundo exterior se desvanecen, Amarilla, Horus e Isis se sumergen en un océano de tranquilidad y serenidad. Sus corazones laten al unísono, en una melodía suave y armoniosa que resuena en el espacio infinito que los rodea.

Y así, Amarilla y sus felinos, entre el vaivén de las sombras y el resplandor de las estrellas, continúan su danza eterna, enredados en el abrazo de la noche, donde los sueños se hacen realidad y la magia se convierte en su más fiel compañera de baile.

* * *

Amelie

Apolo, se levantaba cada mañana y a la misma hora con sumo entusiasmo. Tomaba su guitarra y se sentaba en el viejo, pero cálido mueble en el que solía descansar su padre, quien años atrás había muerto en un accidente vehicular. Como cada día entre acordes y melodías algunas melancólicas y otras llenas de euforia, se detenía a pensar por algunos instantes, porque no había podido encontrar aquello que llenara su alma de profunda felicidad y se estremecía de tristeza solo de hacerse a la idea de refundirse en una inquietante soledad.

Reacciona por un momento y recuerda que se hace tarde para ir al trabajo, donde tiene una monotonía agobiante, pero que es necesaria para conseguir el dinero y seguir teniendo una vida cómoda. Le consuela saber que con el dinero extra que le pagan en diciembre podrá comprar una nueva guitarra, eso le fascina y lo tranquiliza, para seguir soportando las inclemencias de un trabajo que no le gusta y unos clientes detestables a quienes debe lidiar. Apolo con un leve suspiro y un poco intrigado se pregunta en qué momento la humanidad ha perdido la empatía, pues escasamente ve algunas personas que la demuestran.

Ya es enero y Apolo suele acostumbrar a visitar a su viejo amigo David, tal vez la única persona que lo ha comprendido y apoyado desde su niñez, dan las siete y media de la noche y el amigo de Apolo se dispone a preparar la cena, entre conversaciones altivas, risas y reflexiones los dos concuerdan en salir un momento para visitar un lugar que frecuentaban en su adolescencia, para ellos significaba volver a un pasado feliz lleno de recuerdos memorables, donde las preocupaciones en sus vidas eran mínimas, lo característico del lugar era lo sublime de la música entre Jazz, Blues y sonidos clásicos de rock que los envolvían y los trasportaban a lo que ellos denominaban el limbo musical.

Unos minutos antes de salir se escucha el timbre, David va apresurado hasta la puerta y se encuentra con la sorpresa de que Amelie, una amiga de la universidad,

había venido a visitarlo. Se saludaron con un gran abrazo, puesto que hace años no se veían. David con una gran sonrisa presenta a su grata amiga con Apolo; él la mira fijamente y estrecha su mano diciendo:

—Mucho gusto, Apolo Urresta.

Mientras los dos amigos cuentan emotivamente qué ha pasado en sus vidas durante estos últimos años, algo pasa por la mente de Apolo, la calidez y sonrisa de aquella muchacha lo habían cautivado. David invita a Amelie a salir con ellos, pues ella conocía muy bien el sitio y también era su lugar favorito, puesto que también compartía el gusto por esta música, se van caminando y en el trayecto van compartiendo las anécdotas que han ido marcando su camino.

Ya en el lugar mientras deleitan las melodías musicales, Apolo empieza a charlar con Amelie, el carisma y la energía que ella le trasmite lo llevan a querer saber más de aquella joven, la conexión es mutua y se regocijan entre experiencias y cantos. A eso de las dos de la mañana se retiran del lugar para ir a sus casas, claro que Apolo como todo un caballero acompañó a Amelie en un taxi hasta su casa. Ella se despide de él con un sutil beso en la mejilla y una sonrisa característica que Apolo guardaría en su memoria. A la semana siguiente vuelve a casa de David porque está decidido a buscar aquella muchacha que le robaba los suspiros, David no puede creer que su amigo el solitario, por fin se interesó en una mujer, por eso agregó:

—Pensé que nunca te darías la oportunidad de conocer lo bello que significa una mujer en la vida de un hombre.

Y como buen amigo, David invitó a Amelie a almorzar; era la oportunidad perfecta para que Apolo pudiera acercarse más a ella. Y en efecto, él pudo acordar con ella una cita, él sabía que era su única oportunidad. Por eso, todo debía ser especial, no es una típica cita a la que se va a comer en un restaurante para platicar sobre temas triviales de trabajo, profesiones y esas cosas, solo quería hacer saber a Amelie lo especial que era para él desde el día en que la conoció. Así que la llevó a un lugar apartado, donde no la asfixie la ciudad, a un lugar tranquilo, en medio de la naturaleza, limpio, donde se podía apreciar un paisaje único. Amelie quedó fascinada con aquel mágico lugar, mientras ella reposaba a la sombra de un gran ciprés, Apolo

acompañaría el momento con una nueva melodía tocando su guitarra, está inspirada en la bella dama que había despertado un amor que se hallaba dormido.

Amelie, maravillada por la expresividad de Apolo, exclamó:

—Te encontré en una melodía.

Aquella tierna armonía, la guardaría en su memoria inmortalizando aquel momento como uno de los más bellos de su existencia. Desde ese día Apolo supo que el amor de aquella musa lo rebosaría de felicidad.

Moscas

Me acompaña un hilo de moscas silbantes, moscas que son negras, o quizá son grises. Realmente no lo sé, no quiero saberlo, lo único que quiero es que se vayan, su compañía me abrumba y estresa. Cada aleteo de sus quisquillosas alas, ese cosquilleo que provocan al volar sobre mi cuerpo fúnebre, me provoca náuseas...

Llevo horas sin moverme, veo cómo todas dejan sus huevecillos en mi cuerpo. ¡No lo soporto más! Con las pocas ganas de moverme que me quedan, volteo mi cabeza con dirección hacia mi torso, lo único que puedo ver es que todas ellas me acompañan, unas delante de mí, y las demás al lado, junto a mi cama.

No sé si es mi demencia, no sé si estos malditos insectos tratan de decirme algo, quizá aprendieron de lo que escribo y de lo que recito cuando estoy solo, porque siento que me hablan... Por momentos creo que se ríen de mí, por eso, no puedo soportarlo. A veces siento que quieren poseer mi cuerpo por completo, adueñarse de él. ¡Mierda, no lo soporto más!

—Eres un muchacho engreído —dice una de las cinco moscas que reposaba en la cabecera de mi cama. Aquel ser volátil estaba lleno de mierda.

Lo único que se me ocurre es tomarles una fotografía, para que usted, Jonathan, pueda ver que realmente son cinco las malditas moscas que reposan en la cabecera de mi cama. Lo único en lo que ahora pienso, es que estas se sentían despreciadas, y no despreciables como yo.

Sabe, me atrevería a decirle a usted que no me equivoco al decir que delante de mí puede haber más de ciento cincuenta moscas reposando en el hilo de la vieja lámpara que me brinda una tenue iluminación, digo tenue, porque aquella, al igual que la cabecera de mi cama, está repleta de inmundicia.

—Terminarás como ella—dijo, mientras que las moscas que estaban en el hilo de mi lámpara se trasladaban hacia el cadáver que estaba a pocos metros de mí.

Me levanté furioso a tomar el veneno que acabó con la vida de mi esposa. Las malditas se alborotaron en gemidos fuertes y gritos de desprecio. Me dijeron que si quiero acabar con ellas nunca sabría la verdad. Se reían de mí, nuevamente quedé inmóvil mientras alborotaban mis oídos y caminaban sobre mi abdomen. ¡No lo soporto más!

Entienda usted, Jonathan, lo que le voy a contar, me había percatado de que las moscas que reposaban en la cabecera de mi cama ya no eran cinco, sino que eran diez, también entienda usted, que el hormigueo causado por estas malditas no me dejaba estar en paz.

Tomé valor para levantarme de la cama para darle fin a ese agonizante momento.

—Así que estás decidido a hacerlo —dijeron las moscas mientras disfrutaban en el cuerpo putrefacto de mi amada.

Pensaban que por esta razón no lo haría. Ella estaba en un estado pútrido, pero yo la veía intacta, a pesar de que de sus fosas nasales y cuencas salieran gusanos que eclosionaban de los asquerosos huevecillos de las malditas.

Rocié él poco de veneno que quedaba en el *spray* con el que mi querida se había envenenado... Entenderá usted, Jonathan, de no hacer nada, estas malditas acabarían conmigo, lograrían que terminara como mi queridísima. Si estas hubiesen podido acabar conmigo, no habría podido escribirle esta carta, y tampoco habría podido enterarse de lo que sucedió con mi amada, lo que sucedió con su hermana.

Sin reverencia, con la esperanza de que me entienda y me ayude, se despide,
Artemio Bastidas.

Ella

Fue la madrugada cuando llegó, un día oscuro de octubre. El sacerdote de siempre había muerto hace unos pocos días, y mi madre estaba agarrada a sus faldas por el temor a que Dios también nos abandonara. El pueblo entraba en una crisis de hambre, de esas épocas en donde, ni por más que se luche, se llega a nada; incluso, salimos a caminar a las calles destartaladas a protestar, y ni el gobierno, ni el mismo cielo nos escuchaba.

Los niños con sus costillas al aire caminaban entre las piernas de sus madres, yo era de los más grandes en ese entonces, ya contaba con ocho años, uno menos que ni hermano Guillermo, a quien le llamábamos Guille nada más, y un año mayor que la última, mi hermana de Margareth, de siete, que era la que más entusiasmo le ponía a la vida.

Papá había muerto hacia solo un par de años, de un ataque directo al corazón. El dinero fue tan escaso que tuvimos que ceder los derechos funerarios a los empresarios de Elmir, para que sus órganos fueran repartidos a diferentes partes del país, porque ni siquiera teníamos dinero para el entierro.

El día que murió el sacerdote viejo, el pueblo se sumió en una total desesperanza, las calles ya no se veían tan llenas, ni los mercados, ni siquiera las recolectas de comida, a las que mamá nunca faltaba. El hambre nos atacaba con más fuerza, tres niños vecinos murieron por deshidratación, todos nos pusimos en una sola voz, porque para ese entonces, la esperanza de nosotros es que había un Dios demasiado bueno.

Mis hermanos, mi mamá y yo estuvimos en todas las reuniones, la única creencia que existía en aquel momento es que, si no había un sacerdote, no había salvación para ninguno de nosotros.

Cartas y más cartas al vaticano, nunca llegué a saber si llegaban o no, lo sabía, en efecto, es que ese pueblo maldito y olvidado por el mundo, era una tumba para

pecadores. De un día para otro, los perros empezaron a aparecer muertos, y no de hambre, lo mismo ocurría con aquellos desafortunados gatos callejeros empalados en las rejillas de madera que la gente construía para salvaguardar su nula propiedad.

Y ni hablar de los hechos ocurridos con el padre viejo, la muerte se le atribuyó a un problema cancerígeno, pero todos sabían que eso era mentira, lo sabían, sabían la verdad, solo que nadie quería decirlo en voz alta.

Lo mató Don José, el padre de una niña que solía jugar con nosotros, era rubia, y estaba por cumplir los doce años. Anna, se llamaba, no me olvidaré porque fue la primera persona que llegó a gustarme de verdad; yo lo sé porque lo miré salir furioso de su casa, con la cara llena de venas que estaban por explotar. Lo sé porque alcancé a mirar el revolver que se guardaba en el cinturón del pantalón y cubría con su camisa de cuadros.

No tuve noticias de Anna hasta horas antes de la muerte del padre viejo, fui hasta su casa, toqué su ventana y por pura suerte salió ella, con unas ojeras pronunciadas, demasiado cambiada para la niña a la cual recordaba. Me dejó entrar en su cuarto, el olor que, de por sí era fuerte, por las frutas podridas que ella solía comer, se había multiplicado. Había un olor que se anteponía a todo, además de mi sudor, y el suyo.

Recuerdo haberme sentado en su cama deshecha, lecho que nunca dejaba sin hacer y mirar más de un pañal para adultos arrimados en la estantería en donde tenía sus juguetes de peluche, cosa que tuve que disimular muy bien, para que ella no detectara mi incomodidad. No tuve que preguntarlo, por ahí se andaba rumoreando lo evidente, el sacerdote viejo se había aprovechado de Anna; no tuve que preguntarlo porque cuando pensé en hacerlo, ella se echó a llorar mientras se masajeaba el espacio entre sus piernas, zona que empezó a manchar su vestido celeste de sangre. Ella me lo contó todo, del mismo modo en que un viejo le da un consejo a su nieto espantado. Todavía lo pienso, aún me duele volver a pensar en sus palabras, en el modo en que lo dijo:

—Este pueblo está maldito, toda la gente hace cosas malas, la justicia va a llegar en algún momento y va a terminar con todos.

Así lo dijo, tal cual. Mi cuerpo y mi alma cayeron en una especie de hueco, de donde ya no pude salir, fue una cachetada fuerte en toda la existencia, quería tomarle la mano, quería no hacer nada, quería hablarle, quería quedarme callado, nunca supe cómo reaccionar frente a aquello, lo que efectivamente sé, es que cuando sus palabras salieron de sus labios partidos, un nuevo aire me abrazó la existencia, tanto fue el miedo que esa noche no pude dormir.

A la mañana siguiente, se estaba gritando a los cuatro vientos sobre la muerte del padre viejo. Yo sabía qué era lo que había ocurrido, y de igual modo, sé que la mayoría, si no es que todos en el lugar, lo sabían.

Anna terminó por irse del pueblo, su papá se la llevó una tarde, ya para entonces era una muchacha demacrada, que ya ni siquiera hablaba de lo mucho que le gustaba bailar, o cantar. Era solo una muchacha sin alma, un cascarón, no fue normal mirar por última vez la cara de su padre, convertida en un montón total de jetas, diciéndome que me largara de ese lugar, porque todos estábamos malditos.

—Ella va a venir, y ella no tiene compasión de nadie —me advirtió, como si, además de su furia de venganza, tuviera un temor que no quería demostrar. Estaba huyendo de algo.

Esa fue la última vez que los miré, antes de que se fueran en un camión azul, un *Dodge* de Don José, fue la última vez que miré a Anna, y su despeinado cabello.

Y así fue como cambió todo, el pueblo se sumió en una penumbra casi total, un frío completo que nos acechaba a cada hora. Todavía pienso en mi mamá, diciéndonos, y más que nada, advirtiéndonos para que no salgamos, algo me decía que ella también entendía sobre lo que Anna y su padre hablaban. Siempre estaba atenta, siempre cerraba las ventanas antes de irnos a dormir y aseguraba bien las puertas, no vaya a ser que eso, quisiera entrar.

Los vientos se arremolinaban en las tejas, a veces, cuando no podía dormir me quedaba hasta altas horas de la madrugada, escuchando cómo golpeaba las paredes, que parecían tan delgadas, el ruido que hacían era similar al de millones de dedos golpeando al mismo tiempo, suspiros; incluso, susurros.

El pueblo estaba maldito, nadie lo decía, pero no hacía falta, no era raro salir y encontrarse a alguien desnudo en mitad de la calle camino hacia el mercado o, en

el mismo mercado, un par de personas teniendo sexo encima de los pollos recién pelados.

La policía era corrupta, mataba a la gente sin compasión, nadie veía a esta dirección porque nosotros mismos nos enterramos en nuestro propio fango, hasta tuvimos que beber nuestros propios orines porque ya no había nada más. La escuela se acabó, la comida se estaba consumiendo a una velocidad deprimente, si antes éramos delgados, ahora éramos unas meras osamentas. Margareth dejó de crecer, no era solo mi perspectiva, ella dejó de crecer de verdad, dejó de ser la niña dulce que siempre nos sacaba de las peores penurias, mamá tuvo que trabajar el triple, por lo que ya no estaba en casa con nosotros, y cuando llegaba, ya estábamos durmiendo, preparados para otro largo día. Mamá se ausentó, y ese sentimiento fuerte de que lo peor estaba por llegar se avivó como fuego. Fue peor cuando descubrí que mamá no trabajaba como los demás, sino que se prostituía con quién le daba la oportunidad, la vida nos trataba mal, y ya estaba dicho, nadie en el cielo nos escuchaba.

—La vida está mal —dijo mi mamá, con la cara pálida. Dios no nos escucha.

Llegó la respuesta desde el Vaticano, o al menos eso fue lo que dijo el encargado. Un hombre viejo, el único que podía leer y escribir en el lugar, el reemplazo del padre viejo estaba en camino, la noticia se recibió con aplausos, con oraciones; incluso con bailes. Estábamos salvados, el emisario de Dios venía en camino, por fin saldríamos de toda esta mala racha.

Ese día todos estaban bailando, pero nadie hablaría sobre que, lo que nos dieron de comer, eran trozos de gatos viejos, con el hambre nadie sintió el sabor extraño. Nadie habló sobre que, como endemoniados, dos de los niños más delgados, se pusieron a fornicar a un lado de la hoguera, como dos viejos conocedores del tema, que mientras lo hacían, sus padres aplaudían, que mientras lo hacían, por encima de la música, de las risas, del rechistar del fuego, se escuchaba una risa, que mientras lo hacían, a lo lejos, una cabra nos veía a todos, con una sonrisa amplia, parada en sus dos patas traseras.

Así fue como una madrugada de octubre, cuando salí al porche destrozado de nuestra casa, ya siendo tres noches seguidas en las que no podía pegar el ojo, las luces parpadearon, el suelo tembló, un rayo iluminó todo el cielo, como una telaraña

que se teje a una velocidad increíble. Todos los ruidos se volvieron nulos, incluyendo al viento, que hasta él parecía saber quién era que llegaba.

En una carroza negra llegó nuestra tan deseada salvación, mientras todos, menos yo dormían en el pueblo, las ruedas de madera chocaban contra el adoquín, delante del vehículo llegaba un viejo con exiguo vello capilar, y un caballo que juraría que estaba asustado, igual que yo, igual que la misma tierra. Se detuvo a metros de nuestra casa, en el centro del pueblo, el mismo pueblo que, como si de un ser vivo se tratara, se rindió ante eso, lo que venía dentro.

Se abrió la carroza desde adentro, dejando aparecer un rectángulo de luz amarilla, la luz de las velas que iluminaban el interior, los perros sobrevivientes ladraban con tanta furia y desesperación que parecían lamentos humanos.

Siete monjas bajaron desde allí, una tras otra, con la calma propia de una mujer de altos modales, cada una llevaba una linterna en la mano, cada una le susurraba algo a la otra. Siete monjas, todas extrañas, frías, como cuerpos vacíos, sin alma. Quise regresar y poner alerta a mamá, que me había rogado porque no saliera de la casa a esas horas, pero no pude, no eran solo esas siete personas, siete monjas extrañas, faltaba la persona que estaba adentro; ella, el reemplazo del padre viejo.

No pude apartar mi mirada de ese lugar, de esa puerta de cortinas rojas, estaba hipnotizado, ella apareció agarrándose del borde de la puerta, con una sonrisa en sus labios negros. ¿Qué esperábamos? Un sacerdote varón, eso era lo que yo creía, pero allí delante la tenía, a esa mujer vestida de rojo, que no llevaba zapatos, tan hermosa como no se tiene idea, allí estaba, parada como una estatua en el porche, cuando levantó su mirada y me miró a los ojos supe que ella sabía todo de mí, todo sobre mi familia, que ella lo sabía todo, fue cuando las palabras de mamá, Anna y su padre regresaron.

Ella dejó de mirarme, y caí sin ninguna fuerza al piso, cubrió su cabellera negra con un velo rojo, y caminó por detrás de su grupo, mirando siempre al frente.

A la primera misa, acudimos todos. El encargado nos informó que ya había un reemplazo para el padre viejo, pero estaba extrañado, sus ojos eran diferentes, al parecer se sentía estafado. No pude decirle a mamá lo que había visto aquella madrugada, ella me regañaría por desobedecerla, no quería decirle que no quería ir

a la iglesia, algo me decía que esa mujer estaría allí, aún faltaba el sacerdote, ella no podía reemplazarlo.

Me puse mis mejores galas, y junto con mi familia fuimos rumbo a la iglesia. La gente estaba a rebosar, todos llevaban sus crucifijos, sus biblias, el cielo estaba nublado, y el frío dentro de mí no se hacía esperar, todos nos veíamos de unos a otros, como los pecadores que éramos, nadie quería decir nada, algo andaba mal.

Nos adentramos a la iglesia, aún el altar estaba vacío, el interior del templo se sentía pesado, daba la sensación de estar en un cementerio, los murmullos esperanzados me llegaban hasta los oídos, todos estaban a la espera de esa persona. No había asientos libres, por lo que nos quedamos de pie, junto a la pared de la derecha. Mi hermanita bostezaba, mamá ni siquiera se detuvo a hacernos un desayuno, ni siquiera un poco de agua nos sirvió, quería venir rápido, y eso era lo importante.

Cuando el monaguillo apareció tocando su campana todos nos quedamos en silencio, aparecería el sacerdote, el reemplazo prometido por el vaticano... Pero todo dio un giro inesperado cuando apareció ella, la misma mujer que yo miré esa madrugada, el cuerpo se me puso rígido, y un frío me recorrió la espalda entera, su mirada veía a un punto, pero era tonto negar el hecho de que nos estaba observando a todos al mismo tiempo.

Sus labios pintados de negro formaron una sonrisa, la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida, ya con la luz del día pude verla bien, llevaba su cabello hasta la espalda, un vestido rojo, sin zapatos, era la persona más blanca que yo había visto nunca, delgada, alta. A diferencia del sacerdote, no llevaba túnica, no le hacía falta, su simple presencia era capaz de hacernos sentir una minoría.

Nadie dijo nada cuando esa mujer puso la biblia de tapa negra en el altar, y empezó a vociferar el Salmo 91, como un acto de bienvenida. Su voz era capaz de aliviar las heridas, y al mismo tiempo, de hacerlas sangrar sin la necesidad de tocarlas.

Así fue como se presentó, como una simple mujer capacitada para hacer el trabajo; sencilla, su nombre era Penélope, así, sin apellido, sin más nada que sus tres lunares en la mejilla derecha, esa fue la primera vez que una mujer dirigía una misa, y a diferencia del padre viejo, se sintió real.

La lluvia regresó, al menos ya teníamos agua para tomar, del mismo modo regresaron las cosechas al pueblo, unas semanas después ya pude ver una que otra flor en los jardines de las casas vecinas, y el diente de león en el nuestro. En efecto, necesitábamos a alguien que hablara con Dios para que nos dirigiera hacia el buen camino. Eso creí, al menos yo lo hice.

Un alarido nos despertó a mediados de noviembre, cuando uno de los vecinos salió gritando a la calle porque su sobrino de seis años ya no había regresado de la calle, después de haberlo mandado a jugar con sus hijos. Fue el primero, y como siempre, lo tomamos como un juego nada más. Era el primero, a lo mejor una confusión, a lo mejor el niño regresaría en la mañana, los niños hacen travesuras, desaparecen y aparecen, hacen eso todo el tiempo.

Mamá regresó con el recelo, si antes era estricta, ahora nos obligaba a cerrar y asegurar las ventabas y puertas, lo mismo ocurría con los demás, una vez llegada la noche, las calles regresaban al silencio, nada más uno que otro perro se escuchaba a lo lejos, otra vez dejé de dormir, pero ya no fui solo yo, sino también mis hermanos, fue costumbre que Margareth se despertara a media noche, gritando porque tenía pesadillas, fue costumbre que Guille se volviera un niño silencioso, y que mamá se la pasara llorando en el baño.

No, las cosas no mejoraron, y no mejorarían; las palabras de Anna, de mamá y Don José no dejaban de darme vueltas en la cabeza.

Las misas dejaron de darse en el día, y ahora se volvieron solo eventos nocturnos, a los que siempre acudíamos, horas antes de hacerlo, mis hermanos y yo nos reuníamos en la sala de nuestra casa, a hablar del desquiciado temor que le teníamos a la nueva sacerdotisa del pueblo, y me daba la sensación de que todos allí lo teníamos, solo que nadie se atrevía a ir en contra de la corriente, íbamos porque no nos quedaba otra esperanza.

Dos días más, y desaparecieron cuatro niños, se decía que por allí habían encontrado los cuerpos, aunque nunca nadie supo la verdad, al menos no hasta ese momento.

Fue una noche en que regresábamos del mercado con mi mamá, cuando escuchamos los ladridos de los perros, se notaba que eran grandes, se ocultaban

detrás de la pared que separaba la puerta trasera de la iglesia con la calle. —Cuidado con el perro, —decía un nuevo aviso hecho con letras negras. Los ladridos eran como lamentos, tal vez protección para las reliquias, pero, esos ladridos, ni siquiera estando tranquilo podía separarlos de mis más profundos temores.

Llegó el principio de diciembre, y allí sucedió algo extraño, junto con nuestros hermanos hicimos una pelota de trapo, con la que solíamos a jugar a la calle, después del almuerzo, pienso mucho en esos tiempos, porque fue cuando Guille empezó a enfermar, con lo que parecía ser un simple dolor de estómago, se estaba convirtiendo en un cadáver andante. Esa tarde les comenté lo que ocurrió esa madrugada, les dije todo con lujo de detalle, lo que atemorizó a Margareth, que ya andaba con unas ojeras de tamaño mundial por no dormir bien.

Las calles ya no eran las mismas, en todos los rincones se sembraba el temor, el recelo; cada persona se estaba convirtiendo en una simple sombra de sí mismos, y cuando se levantaba la mirada hacia la iglesia, daba la sensación de que esta era la única cosa que de verdad valía en ese lugar cada día más hediondo, cada día más podrido.

Guille pateó la pelota con todas sus fuerzas, no pude alcanzarla, tomó rumbo cuesta abajo, solté un suspiro tremendo y me puse a correr detrás de ella. Margareth corrió tras de mí, pero sus pies pequeños no me siguieron el ritmo, y Guille, él sudaba, dando la sensación de que se iba a desmayar, tomé la delantera, la pelota cada vez se alejaba más y más, hasta volverse un punto azul al que yo seguía sin mirar a ningún otro, hasta que se detuvo.

Una sombra se inclinó sobre este, una mano pulcra se abrió, unos dedos delgados, acompañados de unas uñas negras la tomaron, la levantaron, fue cuando la miré, llevaba un vestido diferente, pero siempre con su color rojo sangre, y sus pies descalzos. Quise detenerme, dejó de importarme la pelota, pero no dejé de avanzar.

—Esto es tuyo, ¿no? —dijo, con su voz suave.

Solamente asentí como un niño regañado, esperando a que me devolviera ese pedazo de trapo envuelto.

—¿Quieres que te la devuelva? —asentí de nuevo, pensando que en cualquier momento caería a sus pies, a llorar. Primero mírame, lindo; ¿es que me tienes

miedo? Tomó mi mentón con sus dedos de la mano derecha, y levanté mi mirada hacia su cara, era una sonrisa que me hacía creer en la eternidad, su mirada en la mía me recalaba que ella ya sabía la verdad, no importaba decirle que no le tenía miedo, porque ella ya lo sabía.

—Todos aquí me tienen miedo —añadió, sin ningún deje de resentimiento en la voz.

¿Sabes por qué? —sus pupilas soltaron un destello rojo. Porque aquí todos saben lo que deben, y nadie quiere pagar, porque yo lo sé todo, y ustedes saben que lo sé. Soy Dios, la justicia que los andaba buscando, y ya les llegó la hora de pagar.

—Yo...

—Si —siguió, ampliando su sonrisa.

Tú sabes lo que el padre viejo le hizo a tu amiguita, la que, por allá, lejos de este pueblo inmundo está esperando un hijo, tú lo sabes, yo quiero poner orden en este lugar, así que no tienes por qué tenerme miedo, dile a tu mamá que no me cierre las puertas, ni las ventanas, que yo podría llegar hasta ustedes por medio de cualquier cosa.

Levantó su mano izquierda, en ella no mantenía la pelota de trapo, sino un pequeño pájaro de color verde, que se acurrucaba en su mano, la que se llevó a la boca, que se abrió como una cremallera que le rompió la cara en dos, de oreja a oreja, hasta donde llevó la cabeza del pájaro, que arrancó de un mordisco, manchando de sangre sus dientes y sus labios.

Quise correr hacia atrás, pero mis pies se volvieron mazos. Caí al piso, Margareth llegó corriendo, espantada, preguntándome que era lo que había ocurrido, quise decirle entre mi tartamudeo, pero cuando intenté enseñarle, ella ya no estaba, y la pelota de trapo estaba a metros de donde estaba yo.

Esa noche, el de las pesadillas fui yo, con frecuencia la escuchaba hablar, cuando todo se ponía en silencio «Soy Dios» ya no quise ir a la misa, usé el pretexto de cuidar a Guille, que cada día se ponía peor. Los ladridos horrendos de aquellos perros se hacían más fuertes, y a cada mañana, faltaba alguien más en el pueblo. Era ella quien se los llevaba, de eso estaba seguro. Se lo conté a mi hermano, pero dijo

que solo se trataba de mis imaginaciones, la falta de comida también contribuía a ello.

La situación empeoró, la hambruna regresó, y si antes estábamos mal, ahora fue peor. Para empezar el año, Guille parecía solo un palo con piernas y, aun así, esa última vez que fuimos juntos a jugar con la misma pelota, a la que hasta temor le agarré. Hacía un calor impresionante, y aún con las advertencias de mamá nos alejamos, no éramos ya niños, sino criaturas que se mantenían con vida.

Fue otra vez Guille, pero ahora sucedió porque no pudo sostenerse, la pelota resbaló de sus manos, y rodó calle abajo, reviviendo mis demonios corrí tras ella, en el camino se desvió, y rodó hasta la pared que cubría la puerta trasera de la iglesia, por donde entró, y la perdí de vista.

Mis hermanos llegaron hasta donde estaba yo, y se los conté, ninguno de los tres queríamos ir hasta allá y recuperarla, era demasiado riesgoso, allá adentro, los ladridos de esos perros eran horribles, pero..., pero era lo único que nos mantenía alejados del hambre.

Con el corazón en la garganta fui el primero que se ofreció a recuperarla, y Margareth lo hizo en seguida, la pared nos advertía que no lo hiciéramos, igual que Guille, que fue el único en negarse.

Éramos tres hermanos, corrí mirando su cabello dorado moverse en su espalda, era pequeña, por lo que no tardó en entrar por el lugar por donde la pelota penetró, y yo lo hice igual, la pelota estaba allí, en medio de ese patio, los ladridos se hicieron más fuertes todavía, quise detenerla, pero ella ya corría hacia esta, no pude ni siquiera gritarle.

Las siete monjas que miré la primera madrugada salieron todas en manada, furiosas, como una jauría de perros, con sus dientes afilados, todas ellas se abalanzaron sobre mi hermana, e igual que con el pájaro de color verde, hicieron de ella un festival de sangre. Me desvanecí.

No sé cómo lo hice, pero cuando abrí los ojos de nuevo, me encontraba en la cama, con la noticia de que mi hermana había desaparecido, mientras Guille moría en su cama, sin poder hablar.

El súbito Encuentro

De calles frías y nubladas era la ciudad donde se conocieron, se respiraba un aire bohemio, soportable para esa clase de personas que logran ver en los pequeños y simples detalles una reflexión profunda de la complejidad de la vida.

Ella era hermosa, de cabellos rojos y rizados y es que era enredada, así como el placer, así como la euforia, así como la emoción; efímera y a la vez eterna, así roja y rizada. Esa llamarada hermosa que llamaba la vista de muchos, descendía desde la cabeza siendo esta la parte de un color escarlata hasta la cadera, con un rojo anaranjado que daba la impresión de fuego.

Ella era mediana, ni tan grande que llame demasiado la atención, ni tan pequeña para que pase desapercibida. Ella tenía ojos oscuros, tan oscuros como el azabache; ya sabe usted que no medimos la belleza de unos ojos por el color, sino por la mirada. Y es que esos ojos negros eran puros, demasiados puros, tan puros que las malas intenciones no estaban en ella, sino en los demás, en quienes la creaban, en quienes la tomaban de la mano, en quienes se convencían de la inocencia y sensualidad que llevaba consigo y querían someterla, terminando por sí solos, siendo esclavos de su misterio.

No gustaba mucho del café, sólo lo tomaba en días nostálgicos y fríos. Vestía un abrigo negro que combinado con el color de sus ojos parecía la oscura noche, cuando no hay luna llena y las nubes engalanan el firmamento, así en tinieblas, inevitable e inolvidable.

Tapaba la mitad de su cara, con una bufanda del color de la sangre, se veía más como quien se encierra, como quien se esconde, como quien evita hablar, como quien busca abrigar y derretir el hielo de su propia alma, tapando la boca, fijando un candado imposible de abrir, así para evitar que un resfriado llegue, debido al inclemente frío que se posaba ese viernes en aquella ciudad de calles frías y nubladas.

Él de una mirada fija, pero de falsa seguridad con un brillo nada especial, tenía los ojos oscuros, histéricos, vacíos y de color miel.

Ellos se miraron antes de entrar al bar, ella venía desde el sur y él, aunque un poco perdido, sabía que venía del norte. Ingresaron casi al tiempo, pero fue ella quien siguió primero, había una mesa, una sola mesa al fondo y en una esquina, una sola mesa al fondo de todo, pero que sirve para encontrar aquellos mundos de laberintos perdidos.

Era el sitio perfecto para aquellos que odiaban el silencio, que odiaban encontrarse a sí mismos en su propio mutismo, aquellos que prefieren quedarse en el ruido de toda esa gente que habla sin parar de cosas que han visto, pero que no entienden. Aquellos que tiene miedo de que el bar se incendie algún día y tengan que ser los últimos en salir.

Esa mesa de valientes y guerreros, esa única y olvidada mesa era a la que ellos, sin verse del uno al otro, se dirigieron lentamente, quizá era el destino. Él y ella no eran ni valientes ni guerreros, solo no tenían otra opción. Entre las sombras se miró como colocaron la mano al tiempo con el fin de retirar la silla. Ella preguntó si le importaba que estuvieran juntos; él no respondió, simplemente corrió la silla dándole el lugar para que se sentara y después repitió la acción y hasta quedar frente a frente.

El tiempo que casi siempre es el mayor enemigo del hombre, los obligó a romper el hielo y pasadas unas cuantas horas se devoraron con risas, hablaron de cosas triviales. Luego pasaron hablar de filosofía, discutían y debatían, volvían a reír y es que ella era encantadora y a la vez un tabú, era un espejo en el que él se veía reflejado, pero no del todo consiente.

Poco a poco se empezaba a sentir, menos ruido, la gente iba saliendo del lugar, hasta que un silencio profundo e incómodo se apoderó del lugar. Ellos sentían que ya se conocían, no temían el uno del otro eran indefinidos por ese momento. Tomaron el último sorbo de café, bebida que él amaba; ella pensaba que era uno de esos días, pero fue todo lo contrario, esta vez parecía ser distinto, o al menos el enigma era diverso.

Momentos más tarde, salieron del lugar, era casi el amanecer y caminaron, se sentaron en una silla del parque cercano. Esa silla parecía ser el escenario perfecto y entonces hablaron más de todo, pero ya era hora de hablar de amor, eso de lo que hablan las canciones y los poemas, eso de lo que todo está hecho.

Él y ella sabían que en realidad nadie habla de odio, ni de nostalgia, ni de esperanza, ni mucho menos de amor, sino de tiempo, tiempo disfrazado de cualquiera de esos sentimientos, tiempo que es cruel y despiadado.

Ellos eran ahora dos amantes, se besaban, se acariciaban, sentían placer, dolor y éxtasis todo a la vez con solo mirarse... sin tocarse. Él ahora se dirigía hacia el sur y ella tomaba fuerza, ahora ella tenía las riendas, tenía un norte. Dejaron de verse repentinamente, pero él era obstinado y ella un amarga y dulce obsesión.

Con el pasar de los días, él extrañaba el fuego que se producía entre los dos como la sangre que se subía a la cabeza cuando estaba con ella, como sentir una fiebre intensa pero placentera, y sentía nostalgia al recordarla en pieles extrañas.

Él era un pintor y ella fue en busca de su inspiración. Él había matizado su más grande obsesión y ella se miró así misma en la obra creada, observó sus extremos, pecados y secretos.

Ella nadie más que ella, aquella que andaba mágicamente en los bosques desde que era pequeña y que en ocasiones seguía siendo una niña, ella que juega, que ríe, que hace que la gente vea la vida de una manera diferente cuando la experimentan, ella que ha mostrado los ojos de muchos, ella que ha mostrado lo mejor de la vida cuando danza con el agua, con los árboles, con el aire, con el amor...

Ella que ha crecido con animales, con las plantas, con los hombres, porque cuando un ser crece, ella crece con él, como una sombra. Ella que es un enigma, que nadie entiende y al que la mayoría le teme porque todos tienen miedo a lo desconocido.

Ella que está con él y con lo que respira. Ella que se transforma en lo que cada uno elige, porque inconscientemente la elegimos, ella la única dueña del tiempo, ella lenta como un caracol; ella lo mató, ella transformada en una copa de licor. Ella, la muerte.